

CONVIENE REVITALIZAR LA MONTAÑA

Pedro Montserrat Recoder

Muere nuestro Pirineo. Tenía una vida -difícil pero esforzada-, antes se sacrificaban los individuos para mantener "su casa" y sobrevivir en comunidad. Ahora que todo sería más fácil, liquidamos el solar malvendiéndolo al forastero desarraigado; ese forastero pronto será africano si abandonamos nuestra casa.

Como voy clamando hace años en el Diario del Altoaragón (Cuadernos Altoaragoneses y varios artículos) ya urge cambiar el signo negativo para fomentar lo **positivo** y reanimador. Aún podemos, debemos, y ... haremos país.

Muchos emigraron buscando sobrevivir en otro ambiente más prometedor: hemos enriquecido a regiones españolas y los que salieron con ilusión creadora -quienes contribuyeron a levantar industrias y comercios-, ahora sufren la incomodidad del suburbio inhumano, de la ciudad destruída por tanta especulación. La jubilación actual en colmenas embrutecedoras, con amontonamiento de viviendas sin espacio para tomar el sol con tranquilidad y poder comentar lo cotidiano con unos vecinos compenetrados con nosotros -gente de la misma cultura tan necesaria en la vejez-, nos exige adoptar actitudes reparadoras, compensadoras y de atención hacia quienes dieron tanto para el progreso de España.

Volviendo a la patria -la pequeña-, esa que anima nuestra «circunstancia vital», ese ambiente más cercano, el de una cultura -heredada o adquirida por quienes nos incorporamos a ella-, podremos apreciar sus enormes deficiencias, el desánimo creciente y la falta de juventud. La senilidad enfermiza -esa que ahora domina y nos atonta-, debe dar paso a otra reanimadora, que vuelve a lo suyo con la ilusión de lanzar a sus hijos y nietos hacia nuevas aventuras, hacia un futuro esperanzador.

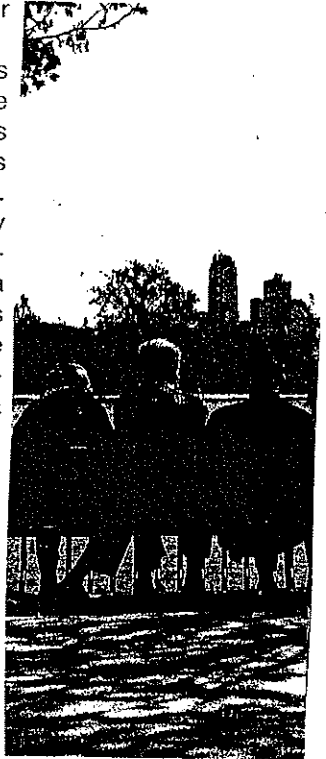
Se liquida el Pirineo como hace años se privatizó la pradería en el Valle de Aosta -Alpes Italianos-, **para que los forasteros puedan tener su «coto particular» con césped y sol; es el camino que**

ahora seguimos y conviene pararnos, detenernos para pensar y decidir la reacción conveniente.

Vemos ruinas, unas casas abandonadas que se hundan, con ladrones que malvenden utensilios de nuestros antepasados. El prado se «urbaniza» y los ediles de cada municipio ya no reaccionan. Ya son muchos los síntomas de **muerte cultural**, de gran abandono con usurpación de lo nuestro. La ganadería, esa **industria ancestral** tan apropiada para la montaña, cae ya en manos de quienes no encuentran otro trabajo; sin embargo, se insinúa una reacción que conviene fomentar.

He pensado mucho sopesando los «pro y contra» de las actitudes que conviene fomentar, precisamente aquellas que por mi trabajo de botánico especializado en prados y pastos puedo ahora sugerir. Lo humano, esa **fuerza cultural** propia de unos grupos sanos -de hombres integrados a lo suyo que además «saben vivir»-, nos exige un ambiente adecuado. Antes, la cadiera con largas noches de invierno propiciaba el intercambio de ideas, la cohesión familiar y comunitaria. En domingo, y más aún durante las ferias o romerías, el intercambio adquiría dimensiones comarcales: los bolos, las cartas, con tantos comentarios espontáneos -salidos con tanta naturalidad y comentados con franqueza- alentaban el «alma comunitaria». Me diréis que también salían cosas malas, que había odios y rencillas, pero la **necesidad colectiva** propiciaba una reconciliación en lo esencial. Aún queda el rescoldo de tanta solidaridad.

Veamos: Se construyen «muchos asilos», casas de ancianos, esos «amparos o residencias» y entre



todos -con las diferencias notables observadas- ya nos indican la inquietud de quienes las planearon. Tenemos edificios e intuimos «su alma», la inquietud del grupo social creador. Hay solera y debemos aprovechar su fuerza para **diversificar la oferta**, para revitalizar nuestro mundo rural pirenaico que se tambalea y puede caer sin remedio.

Por otra parte, adquiere gran pujanza el llamado «turismo rural», el verde, reparador, etc. El primer turista, esencial ahora, es quien puede recomponer el meollo de tanta cultura que acaba por descuido, por falta del **ambiente social**. Se habla mucho del ambiente partido (medio ambiente), pero pocos abogan por el ambiente completo, el **cultural integrado al paisaje**. Conviene fomentar dicha integración.

Se crean **Reservas Naturales** como la de Guara tan reciente y pocos piensan en recomponer o relanzar hacia cotas insospechadas su cultura, interpretada como la manera de comportarse los ganaderos o agricultores que deben evolucionar. Sus hijos o nietos serán los artifices del renacer cultural; actuarán como «Ingenieros Ambientales» o **gerentes del paisaje**, como guardas de lo suyo que también es lo nuestro.

He mencionado unas posibilidades que ya funcionan bien o mal, y con tantas otras podrían crear el ambiente regenerador tan esperado. Ahora nos conviene aproximar objetivos, -aunarlos y dinamizarlos- para recrear el ambiente social adecuado, el necesario para gestionar

ese maravilloso paisaje pirenaico.

En nuestra comarca jacetana tenemos varias instituciones que atienden a la vejez en aumento. Dije antes que nos conviene **diversificar la oferta**, ampliarla teniendo en cuenta esos apoyos. A Jaca, como los hay en Ansó y tantos otros que completan el panorama, tanto bajo el aspecto sanitario como de acogida.

Por otra parte tenemos muchas casas deshabitadas que amenazan ruina y conviene adaptarlas

para las nuevas necesidades: la **pequeña residencia** para dos o tres matrimonios, con algunos solteros que pudieran completarlas, permitiría cobijar a los jubilados relativamente jóvenes que quieran contribuir a recrear el ambiente adecuado en la misma comarca donde tienen sus raíces, donde estarán sus descendientes, esos que lo pueden relanzar todo contando con el apoyo de quienes les preceden y animan.

La reconstrucción de nuestras casas -ahora en ruina deprimente- debe ser el **símbolo de la resurrección** de nuestro país, el Aragón auténtico, el de nuestro paisaje pirenaico tan apreciado que aún puede mejorar con una vida social renovada, ese renacer cultural tan necesario.

Un paisaje sin su cultura -la de unos hombres integrados que lo gestionan-, está condenado al deterioro, al incendio con plagas destructoras de tanta belleza como tenemos. Animémonos para exigir lo que nadie podrá negarnos.

